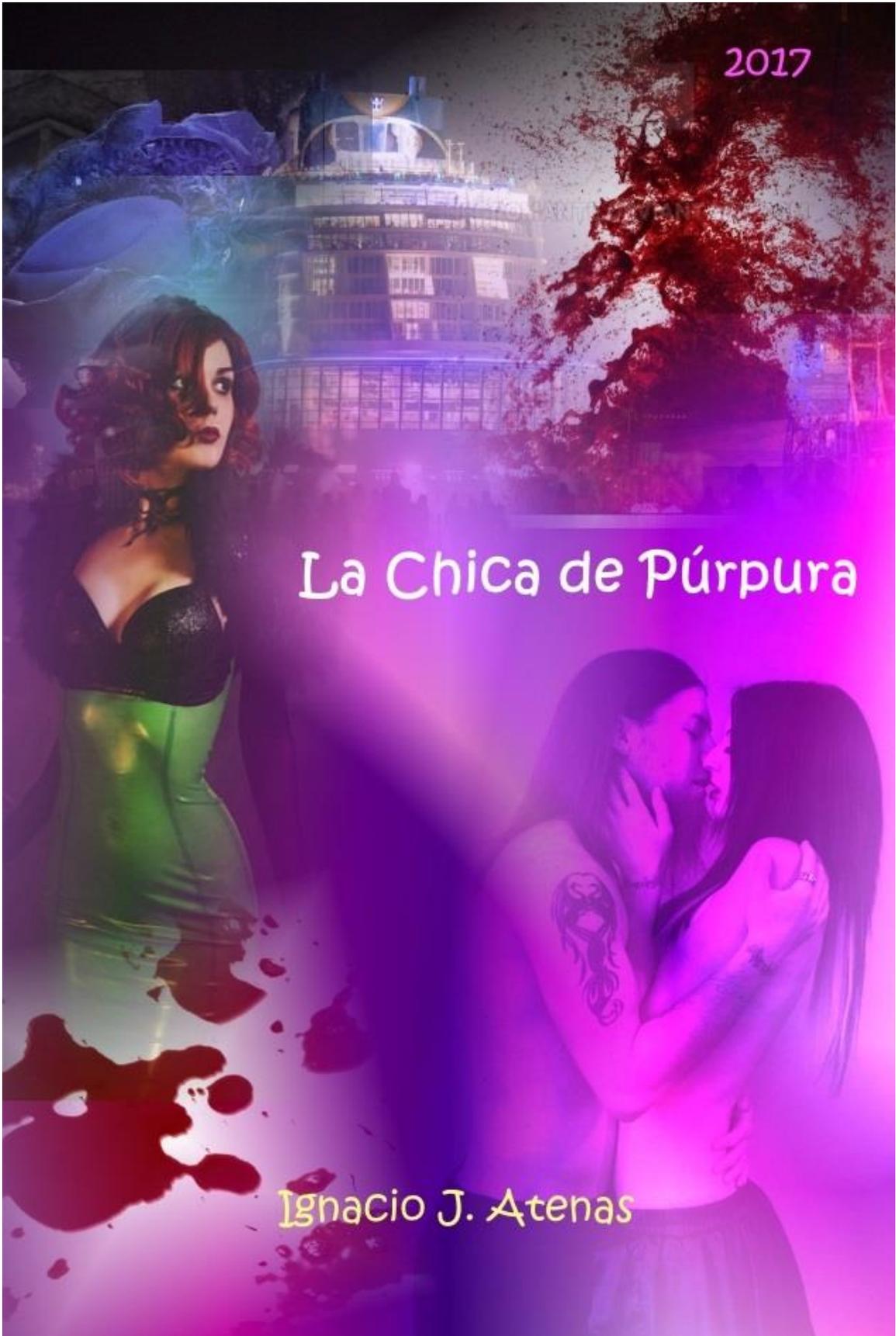


2017

La Chica de Púrpura

Ignacio J. Atenas



La Chica de Púrpura

Iluminada por las luces de neón, Joana subió a la cubierta de la embarcación. Era de noche y sonaba el relajante jazz tocado por la banda en vivo. Lo que parecía una apacible velada sería una traumática noche, pero los anfitriones, ignorantes a tal fatídico destino, bailaban sobre la lustrosa madera con la única preocupación de seguir bebiendo el suave martini acompañado de los armónicos acordes.

La morena silueta de André apareció con el esmoquin oscuro, haciéndose espacio entre los bailarines de la pista. Con una forzada sonrisa su incomodidad pasó desapercibida, acercándose a la chica del vestido azul, con quien hoy había cumplido cinco meses de relación.

— ¿Bailarías conmigo? — le preguntó fijamente.
— Contigo bailaré toda la noche — le contestó sonriendo.

Así comenzaron el baile, que a los ojos de Joana era mágico, y éstos brillaban esperanzados en la última noche antes de llegar al puerto de Citnos, el lugar de destino. El paisaje del Mediterráneo era fabuloso, y habían preparado este viaje a petición de Joana, que soñaba con visitar las islas del Egeo, sin saber que su historia sería una cruda tragedia griega.

Durante la noche conversaban bebiendo el whisky que el barman les había ofrecido. André ansioso juntaba sus manos, sudadas y temblorosas, mientras su chica le veía sonriente, sabiendo que en él podía encontrar la seguridad que buscaba, la ternura que jamás sus propios padres le habían entregado, y le veía como una figura temperamental, un caballero, su Romeo. Empero, a medida que el licor hacía efecto André se levantó con el pretexto de ir al excusado, acción que realizó tambaleándose. Minutos después y mientras los comensales seguían la lujosa velada, la chica de púrpura besaba los labios del moreno, abrazados sobre la habitación, mientras Joana esperaba anhelante a André.

— sólo me importas tú, ella ya no significa nada — expresaba el moreno, situado sobre el atractivo cuerpo de la chica de púrpura, lleno de éxtasis por el ardiente momento.

— ¡demonstrámelo lobo feroz!, dime, ¿acaso eres capaz de decirle que la dejas por mí? — pronunció coquetamente la chica, manipulando la mente de su adinerado amante, pensando en la lujosa vida que ahora tendría, más ésta acostumbraba a encamarse con hombres como André, jóvenes y ricos, bastante ingenuos como para creer que una mujer realmente enamorada se lanzaría tan rápido a su cama.

Alucinado por el caliente instante, André dejó sacar su agresividad en la cama, el lobo que llevaba dentro, haciendo gemir de éxtasis a la chica de púrpura, que gritaba por más, y mientras eso ocurría las manos de la chica llevaron el celular hasta la oreja de André, marcando el momento que daría un vuelco a la historia sobre el buque.

— ¡hola Joana! — pronunció agitado, sintiendo como la mujer se movía ardientemente bajo él.

— ¿dónde estás?, ¡te he estado buscando! — le reprochó.

— Joana tengo que decirte algo, ¡ya no te quiero!, ¡no te amo!, ¡no lo soporto! — pronunció irritado.

Rompiendo en llanto mientras todos los comensales le veían y sin entender el porqué, bajó frenética de la cubierta arrasando con los vasos de algunas de las mesas. Con una profunda tristeza y el maquillaje arruinado, se internó en los pasillos del barco hasta llegar a la habitación. Esquizofrénica agarró el revólver que había dejado junto a sus cosas y lo guardó en la chaqueta. Se lanzó al piso gritando, desgarrándose de tristeza y como psicótica revisó las pertenencias de André hasta encontrar en un papel la nota con olor a perfume. Estaba claro, eran amantes y según allí se leía, Ángela, pretendía quedarse con André en Santorini, la icónica isla griega.

El moreno y la chica de púrpura casi terminaban el fogoso momento, cuando André, recordó que había olvidado la carta, pero ya era tarde, pues en ese preciso momento una mujer de chaqueta negra, encolerizada, entró a la habitación y horrorizada presionó el gatillo. — ¡No...!, ¡que has hecho puta! — gritó la chica de púrpura, pero antes que pudiera seguir balbuceando, la bala atravesó sus ojos, estallando en un repugnante y sangriento espectáculo. La sangre sobre la cama hizo que Joana corriera por los pasillos llena de lágrimas, hasta llegar a la cubierta donde la gente seguía bailando al ritmo del jazz, como si fuera una apacible noche. Algunos de los auxiliares que habían escuchado el disparo acudieron rápidamente hasta el lugar, observando con espanto los dos cuerpos desnudos ensangrentados y sin vida.

Ya era tarde para que pudieran identificarla pues en ese momento, Joana demacrada se acercó hasta la barrera de la cubierta, disparando a varios de los anfitriones. Acribilladas muchas mujeres cayeron sobre el lustroso piso, ahora pintado con la oscura sangre fresca.

— ¡Te odio, maldita puta! — gritó mientras los asustados sobrevivientes le veían lacrimosos sobre el piso.

No pasaron ni dos minutos cuando la policía de turno en el barco llegó, rodeando con centenares de armas a la asesina — ¡tira el arma, y manos en la cabeza! — gritaba el oficial a cargo, pero ésta, sumida en la absoluta desgracia y sintiéndose miserable, llevó el revólver hasta su sien, apretando el gatillo, soltando la última bala en lo que fue un grito desgarrador.

por Ignacio Atenas